11107

ANTONIO LÓPEZ MONÍS

EL ÚLTIMO DUELO

COMEDIA EN UN ACTO

Copyrght, by the authors, 1907.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1907

28

EL ÚLTIMO DUELO

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

ANTONIO LÓPEZ MONÍS

EL ÚLTIMO DUELO

COMEDIA EN UN ACTO

ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA EXTRANJERA

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA
en la noche del 7 de Agosto de 1907.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Amparo	Srta. Álvarez Segura.
Ricardo	Sr. Salvat.
Federico	» Martí-Rey.
Javierito	» Mijares.
Manuel	» Lloréns.

La acción en Madrid.

Época actual. Derecha é izquierda las del actor.

EL ÚLTIMO DUELO

Un pequeño salón adornado con gusto y elegancia. Puerta grande al foro que conduce á otro pequeño salón en cuyo frente hay una galería de cristales. A través de éstos se ve el jardín del hotel y en último término un paisaje nevado. En primer término derecha y en segundo izquierda puertas practicables. En primer término izquierda una chimenea; delante de ésta una mesita de te sobre la que hay libros encuadernados, periódicos, una caja con cigarrillos y cerillas. A la derecha una *chaise-longue* sobre la que hay un espejo de mano y un velo de mujer, y caído delante del asiento un ramo de flores. Detrás de este mueble un biombo artístico. Sobre la chimenea un cuadro antiguo en que aparece la figura de una mujer desnuda. A la izquierda de la puerta del foro un piano que no sea de guardarropía. Alfombra, muebles modernos y junto á la puerta de la derecha un *bureau* con recado de escribir. Es de día.

ESCENA PRIMERA

RICARDO. MANUEL.

Se oye el ruido de un coche que entra en el hotel. Manuel entra delante de su amo.

RIC. (Á alguien que se supone dentro.) Que no desenganchen. (Á Manuel señalando la izquierda). ¿Están todavía estos señores aquí?

MANUEL. Sí, señor.

RIC. ¿Y las señoras?

MANUEL. También; están jugando ahora al *baccarat*.

669721

RIC Mucho dura hoy la juerga. Date una vuelta por el salón, dí que he mandado aviso de que no vuelvo y al señorito Federico que venga aquí, pero sin decir que soy yo quien le llama.

MANUEL. Precisamente está aquí el señorito Federico. (Sale por la derecha después de dejar paso á Federico.)

ESCENA II

RICARDO. FEDERICO.

FEDER. ¿Ya has vuelto? Pero, hombre, ¿cómo te escurriste abandonándonos de repente?

RIC. Por ir á casa de Máxima á buscar á Merceditas. ¿Y no sabes lo que ha pasado?

FEDER. No.

RIC. Que Merceditas se ha escapado.

FEDER. ¿Es posible?

RIC. Es posible; se ha marchado sin una palabra de despedida. ¡Ingrata! Dejarme así.

FEDER. ¡Ja... ja! ¡Cómo te está mareando esa mujer! Esa se ha propuesto pescarte y esta escapatoria es una cosa estudiada para encender más en ti el deseo. Creo que no obtendrás nada de ella sino á cambio de darle tu nombre; ahora tú verás si te conviene hacer esa locura.

RIC. Esa mujer ejerce tal imperio sobre mí que no me atrevo á asegurar nada. Sin embargo, tú ya ves que hago cuanto puedo por olvidarme de esta pasión estúpida.

FEDER. (Riendo.) Sí, sí... ya veo que no tratas siquiera de verla...

RIC. Bueno, no te rías y te diré todo lo que tengo que decirte.

FEDER. Te oigo con toda seriedad.

RIC. Mercedes me había enviado aviso de que estaría hoy en el almuerzo de casa de Máxima. Yo llegué allá, me enteré de lo de su salida de Madrid, y cuando con un amigo nuestro

comentaba yo el caso y hacía cálculos sobre mi porvenir con esa mujer, se me acercó ese americano que la acompaña y que no hemos podido averiguar todavía si es el padre, el marido, el amante ó el hermano, y me entregó su tarjeta, diciéndome que hoy me enviaría sus padrinos. No, no te rías, que estas cosas hay que tomarlas en serio; además, tú vas á ser padrino mío.

FEDER. Bueno, voy á ver si encuentro otro.

RIC. Oye, no se te vaya á ocurrir decirle nada á Javierito, ¿eh? Ese con sus bromas y con ese carácter de echarlo todo á chirigota, es capaz de hacernos alguna jugarreta.

FEDER. Descuida. ¡Ah! Aquí viene Javierito precisamente.

ESCENA III

DICHOS. JAVIERITO.

JAVIER. (Entrando muy alegre, con billetes de Banco en la mano y dinero que suena en los bolsillos.) ¡Viva el favorito de la fortuna! ¡Viva!... Si las hubieras visto, chico, estaban furiosas allá adentro. Los he arruinado á todos, á todos y á todas. Primero los he desplumado á ellos, á Vicente, á Manolín, al Marqués... no han podido darse un pase, yo siempre nueve, ocho, nueve... Se han ido echando las muelas. Pero lo bueno ha sido después, cuando me quedé solo con ellas. Mirad (Saca del bolsillo una porción de alhajas.)

FEDER. ¿Qué quincalla es ésa?

JAVIER. ¿Quincalla? Las alhajas de nuestras encantadoras amigas.

RIC. ¡Pero, hombre, se han jugado también las alhajas!

JAVIER. Y las han perdido por querer recuperar el dinero. Si las mujeres son más viciosas que los hombres. Oye, Federico, ¿reconoces este medallón? Sí, hombre, el que le regalaste á

Esperanza. Esta pulsera adorna el brazo alabastrino de la bella Margarita. Esta cadena es suya también. Mirad los pendientes de la Mariquita; ésa es la que está más furiosa de todas. Ha querido jugarse su abrigo, y porque no se lo he admitido, por la pena de verla ir á cuerpo, me ha tirado las cartas á la cara y se ha marchado llamándome charlatero.

FEDER. ¿Y qué demonios vas á hacer tú de esto?

JAVIER. Devolverlo, imponiendo condiciones para el rescate de cada prenda. Las más duras, naturalmente, se las impondré á Mariquita.

RIC. Siempre eres el mismo.

JAVIER. Siempre. Divertirme yo y dar bromas muy pesadas á los demás: éste es mi único placer. Así, si una mujer se tima conmigo, porque hay muchas que se timan, yo le huyo. Si ella me huye, corro detrás de ella, y si me convenzo de que decididamente le soy antipático, entonces no la dejo vivir, me encuentra en todas partes, en los bailes, en los paseos, en los espectáculos; la frío á cartas, á flores, á regalos, le doy serenatas. Para desembarazarse de mí tiene que huir al extranjero ó asesinarme... ó corresponderme, en cuyo caso no me vuelve á ver el pelo.

FEDER. Eso te costará un disgusto serio el mejor día.

JAVIER. Por lo pronto, me ha costado la herencia de una tía mia, porque le di la morcilla á un perro en el que se miraba hacia doce años.

FEDER. (Riendo.) Estás loco.

MANUEL. (Entrando.) Una carta para el señor. (Se la da y se retira.)

RIC. ¡Ah! Es de Máxima. (Lee.) Ha averiguado el viaje de Merceditas. Me dice que ha ido á Córdoba á ver á una hermana suya. Me reuniré con ella, me iré mañana á Córdoba... ¡Manuel! (Manuel entra.) Me iré mañana á Córdoba, haz los preparativos para un viaje de unos días. (Manuel sale.)

JAVIER. ¿Pero en serio vas á correr detrás de Mercedes? ¡Qué idea tan descabellada!

RIC. Puedes decir cuanto se te antoje, porque no he de escucharte.

JAVIER. Sí que me escucharás, y además no te marchas.

RIC. Tienes ganas de predicar en desierto, ¿verdad?

JAVIER. No me obligues á hacer una de las mías, mira que soy capaz de denunciarte como anarquista y hacer que te detengan en la estación.

RIC. ¡Bah! Estás en tu papel.

JAVIER. No, hablo seriamente. ¿Pero esa mujer merece tanto sacrificio? ¿Es alguna belleza extraordinaria? Además es una coqueta, una mujer sin corazón, una...

RIC. ¡Javierito! ¿Es que piensas tener una cuestión seria?

JAVIER. ¿Contigo? De ningún modo. Para que me ganaras la apuesta.

FEDER. ¿Qué apuesta?

JAVIER. La del año pasado. Me hizo la apuesta de que al cumplirse el año habría tenido seis lances de honor. No has tenido más que cinco, de manera que mañana habrás perdido la apuesta, y vendré á cobrar las dos mil pesetas. (Ricardo y Federico se miran con inteligencia.)

RIC. Aún hay tiempo.

JAVIER. ¡Ta... ta... ta!.. Eso no se improvisa en unas horas. (Se sienta junto á la mesa de te y enciende un cigarro.)

RIC. Quizá tengas que venir á pagarme las dos mil pesetas.

JAVIER. No será el lance conmigo; prefiero darte explicaciones y convidarte á comer. (Mirando su reloj.) ¡Demonio! Me estoy entreteniendo mucho y quiero empezar á devolver estas baratijas. Ya sabes que hoy comemos todos aquí. ¿Vendrá Teodorito?

RIC. Creo que sí.

JAVIER. Le amargaré la comida hablándole de su mujer.

FEDER. Siempre nos la amargarás á nosotros.

JAVIER. Hasta luego. Y sé prudente, no te busques hoy una cuestión. (Mutis.)

FEDER. Vaya, voy á buscar el otro padrino. Hasta ahora. (Mutis.

RIC. Adiós, Federico. (Llama en un timbre.)

ESCENA IV

RICARDO. MANUEL.

RIC. Manuel, dame una taza de te, cualquier cosa... (Manuel va á salir.) No me traigas nada. ¡Qué aburrimiento! No sé ni lo que quiero. Márchate Manuel, no te necesito para nada. (Manuel sale.) Estoy fatigado, todas estas noches pasadas en juergas que ya no me divierten... A la larga esto de la diversión se impone como una tarea, como un ejercicio maquinal en que la imaginación no toma parte alguna. (Se recuesta y nota bajo su cabeza el espejito de mano que está sobre la *chaise-longue*.) ¿Qué es esto? ¡Ah! Estúpida invención que revela cosas que no hay necesidad de saber: la traza de la vejez, el gesto del hastío, los cabellos que blanquean antes de tiempo... ¡Ah! (Tira el espejo y se va quedando dormido.)

ESCENA V

DICHO. AMPARO. MANUEL.

MANUEL. El señor estaba ahora en este salón.

AMPARO. Gracias.

MANUEL. (Aparte.) ¡Bonita muchacha! Y ésta no ha venido nunca aquí. (Sale después de mirarla.)

AMPARO. (Se despoja de su abrigo que arroja sobre una silla y corre hacia Ricardo alegremente.) ¡Ah! ¡Aquí está! (Extrañada.) Duerme. (Contemplándole.) Por fin estoy á su lado. Es triste que después de tanto tiempo no haya salido á recibirme. Pero ¿qué sabía él? Debe de estar tan ocupado, á juzgar por lo tarde en tarde que recibo noticias suyas.

RIC. (Soñando.) ¡Amparo!

AMPARO. Sueña conmigo. ¡Ah! ¡Qué alegría! (Pasa por detrás del sofá y abraza á Ricardo.)

RIC. (Levantándose vivamente.) ¡Eh! (Asombrado.) ¡Amparo! (Con dulzura.) ¡Hija mía! ¡Mi niña!... ¿Eres tú?

AMPARO. Sí, yo, papá; ¿no me esperabas?

RIC. No, en efecto, no. (Recordando aparte.) ¡Dios mío! No vaya alguien á... (Llama precipitadamente en un timbre; Manuel aparece.) No estoy para nadie, ¿entiendes, Manuel? Para nadie, (Bajo á Manuel.) excepto para el señorito Federico.

MANUEL. Bien. (Sale por el fondo y cierra la puerta.)

RIC. ¡Amparo, hija mía, si me parece que estoy soñando! ¡Pero qué guapa te has puesto!

AMPARO. ¡Hace tanto tiempo que no me ves!

RIC. Es verdad... los negocios... pero ¿cómo has venido?

AMPARO. ¡Ah! Es una historia terrible.

RIC. Me asustas.

AMPARO. Oye. (Se sienta en las rodillas de su padre.) Figúrate que anoche nos acabábamos de acostar; todas mis compañeras dormían...

RIC. ¿Y tú?

AMPARO. Yo no podía conciliar el sueño, estaba inquieta, atormentada...

RIC. ¿Por qué, hija?

AMPARO. Pensaba en tí y me decía: ¿pero cómo no se acuerda de su hija? Hace seis meses y siete días que no viene á verme, y tres meses que no me ha escrito.

RIC. ¡Pobre Amparo! Pero tú te haces cargo, ¿eh? Los asuntos... los negocios... Iba á ir uno de estos días... Pero volvamos á...

AMPARO. Es verdad. Pues cuando estaba en estas reflexiones, escucho aterrorizada la voz terrible de ¡fuego!

RIC. ¿Es posible?

AMPARO. Me arrojé de la cama, llamé á mis compañeras, abrí la ventana y ví las llamas que salían del piso bajo y que casi tocaban ya las paredes de nuestro dormitorio.

RIC. ¡Dios mío!

AMPARO. Yo tuve la presencia de ánimo suficiente para vestirme; pero mis compañeras no hicieron más que envolverse en las sábanas. Todas echamos á correr como locas, empujándonos unas contra otras, y por la escalera de servicio pudimos escapar, y al cabo nos encontramos todas salvadas en el jardín. (Se levanta.)

RIC. (Abrazándola.) ¡Pobre hija mía!

AMPARO. Yo no me he hecho ningún daño; pero te aseguro que hemos escapado de buena. ¡Ah! por supuesto, se han quemado todos los vestidos, el piano, los libros... Nos metieron á cada una en un coche y aquí estoy.

RIC. ¡Y aquí estás! Y me cuentas todo esto tan alegre; por lo visto, te hace gracia.

AMPARO. Mientras veía arder el colegio, sólo pensaba en el tiempo que se tardaría en construir otro, y en que mientras, podría abrazarte á mi gusto.

RIC. ¿Eso pensabas?

AMPARO. Como además no ha habido desgracias, pues no hay por qué llorar.

RIC. Abrázame otra vez.

AMPARO. Todas las veces que tú quieras. ¿De modo que estás contento de que venga á vivir contigo?

RIC. Sí, sí.

AMPARO. No te dejaré ni un instante; iré contigo á todos lados.

RIC. Sí; á todos... (Aparte.) A todos no, demonio.

AMPARO. Y nos abonaremos á los conciertos, ¿verdad?

RIC. Sí.

AMPARO. ¡Ah! Los libros. (Va á ver uno.)

RIC. (Cerrándola y quitándole el libro que ha tomado. Tú no comprendes esto.

AMPARO. ¿No?...

RIC. No, es... una gramática griega.

AMPARO. Será preciso que me compres libros de música, porque los míos...

RIC. Descuida.

AMPARO. Y me llevarás á ver las tiendas.

RIC. Sí, entendido.

AMPARO. Este año no me mandaste el aguinaldo...

RIC. Te lo daré aumentado.

AMPARO. ¡Qué bonito cuadro!

RIC. Es... un ídolo chino.

AMPARO. ¿Hay pinturas chinas?

RIC. (Más que chinas). No veas más que ésa.

AMPARO. Llévame á ver nuestro nuevo hotel en todos sus detalles. Me ha parecido magnífico y mucho más alegre que el colegio.

RIC. Sí.

AMPARO. Sólo este saloncito da idea del resto. Estos dorados... estos muebles... ¡Ah! Vamos á ver si es bueno el piano. (Toca un momento). ¿Has visto como toco ya? ¡Qué desorden!... Ya se ve que aquí no entra ninguna mujer. (Viendo un velo de mujer que hay sobre la *chaise-longue*.) ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Un velo?

RIC. Sí, un velo.

AMPARO. ¿Cómo está aquí?

RIC. Porque... es el que yo uso.

AMPARO. ¡Tú!

RIC. Sí, para... preservarme de los mosquitos.

AMPARO. ¿Y estas flores?

RIC. Mira, deja ya de pasar revista al mobiliario, que tienes que ocuparte de cosas más importantes. De tu indumentaria...

AMPARO. Es verdad, y que me falta todo.

RIC. Bueno, ahora vas á las habitaciones que te tengo destinadas y las arreglas á tu gusto, y después haces una lista de lo que te falte y enviaremos á Manuel á correr todo Madrid.

AMPARO. Oye, papá, en vez de darme el aguinaldo, debías traerme una doncella...

RIC. Bueno, te compraré una.

AMPARO. ¡Que bromista eres! (Le abraza.)

ESCENA VI

DICHOS. MANUEL.

MANUEL. (Entrando aturdido.) ¡Señor, ahí está D. Javierito! (Se separa discretamente al verlos abrazados.)

RIC. (Lleno de cólera al comprender el movimiento de Manuel.) ¡Manuel! ¡Estúpido!

MANUEL. ¡Señor!

RIC. Conduce á mi hija, la señorita Amparo, á las habitaciones que tiene destinadas.

MANUEL. (Respetuoso hasta la exageración.) Estoy á las órdenes de la señorita. (Aparte.) Y yo que había creído...

AMPARO. Hasta luego, papá.

RIC. Hasta luego, hija mía.

AMPARO. Vamos, Manuel. (Amparo sale delante.)

ESCENA VII

RICARDO. JAVIERITO.

JAVIER. (Entrando.) Hombre, vete al diablo. ¿También vas á negarme ahora la entrada en tu casa?

RIC. (Aparte.) Tengamos paciencia.

JAVIER. Gracias á que á mí eso como si no; ya ves que he entrado.

RIC. Sí, ya veo que para ti no valen órdenes.

JAVIER. Tenía necesidad de contarle á alguien la graciosísima escena á que ha dado lugar la devolución de las alhajas. Verás, se me ocurrió citar á mis víctimas y subastar entre ellas todos los objetos. Con decirte que...

RIC. Perdona, Javierito, pero tu historia ahora no es graciosa, porque no es oportuna.

JAVIER. ¡Ah! ¿No te hace gracia? Pues te contaré otra cosa más graciosa. Hipólito está enamorado locamente de Merceditas, y dice que quiere llevársela á pasar el invierno en Niza. Esta tarde tiene una cita en su casa.

RIC. ¡Oh! Yo iré antes. (Aparte.) Pero ¿podré, con Amparo aquí? ¿Y la comida de esta noche? Es necesario dar contraorden. (Alto.) Javierito, ¿quieres hacerme un favor?

JAVIER. Hombre, claro.

RIC. Vé á casa de todos los amigos y amigas que habían de comer aquí esta noche y diles que el convite se aplaza, que no estoy libre, que un asunto importante...

JAVIER. Sí, hombre, yo encontraré el pretexto. Estate tranquilo. Hasta luego.

RIC. ¿Tienes tu coche?

JAVIER. Se lo ha llevado Julia.

RIC. Llévate el mío que está abajo.

JAVIER. (A Federico que entra.) No hay comida aquí luego. Ricardo te explicará. Te espero allí, ¿eh?

FEDER. Sí.

JAVIER. Hasta luego.

ESCENA VIII

RICARDO. FEDERICO.

FEDER. El asunto está hecho. Felipe será tu padrino y nos espera todo el día en su casa. Te podrás batir esta tarde.

RIC. Pero ¿y mi hija?

FEDER. ¡¡Eh!! ¿Pero tú tienes una hija?

RIC. Sí.

FEDER. Pero ¿no eres soltero?

RIC. Viudo.

FEDER. A ver, cuéntame ese aspecto de tu vida que yo no conozco.

RIC. Estuve casado con una mujer encantadora, un ángel que voló demasiado pronto. Viudo á los veinticinco años y dueño de una fortuna, tenía que hacer fatalmente lo que he hecho.

FEDER. ¿Cómo?

RIC. Es preciso disfrutar de la juventud, y como la mía ha empezado donde debió terminar, á fin de ganar el tiempo perdido, he corrido mucho.

FEDER. Y corres, corres todavía.

RIC. Sin reparar en que tengo una hija de diez y seis años. Una hija que ya puede casarse.

FEDER. ¿Pero tú tienes una hija de diez y seis años? ¿Pues qué edad tienes tú?

RIC. Yo qué sé. Y esta hija acaba de transformar de un golpe mi vida irregular.

FEDER. ¡Ja... ja!... ¿Vas á regenerarte?

RIC. Por ella he de romper mis hábitos alegres, llevar una vida patriarcal, oir misa, asistir á los conciertos y presentarme ante el mundo como un hombre virtuoso.

FEDER. Eso es cruel.

RIC. Ahora estoy siempre sobresaltado, procurando esquivar la curiosidad de Amparo.

FEDER. ¿Se llama Amparo?

RIC. Estos lugares todos llenos de recuerdos profanos... Me ha sido preciso purificarlos de pronto. Ponte en mi lugar.

FEDER. No, gracias. No tengo vocación de padre.

RIC. ¡Qué sabes tú, si apenas has entrado en la vida!

FEDER. ¡Oh, padre de familia, hombre grave y sesudo, yo te admiro!

RIC. Si esa coqueta de Julia ó alguna de nuestras amigas se presentase aquí estando mi hija en casa...

FEDER. ¿Y dónde tenías esa hija de la que ninguno sabíamos palabra?

RIC. En un colegio interna. Hoy ha salido por un accidente que no es del caso explicar, y se me ha presentado aquí ¡Si tú la vieras! Pero sí la verás.

FEDER. No.

RIC. ¿Por qué?

FEDER. Acostumbrado á tratar otra clase de mujeres, temería á cada paso cometer una incorrección.

RIC. Sí, mejor será. También yo tengo el proyecto de romper con todos vosotros, los viciosos, los pervertidos, y de irme lejos con mi Amparo, con mi hija ¡Mi hija! ¡Qué dulce es pronunciar esta palabra.

FEDER. (Riendo) Vamos, veo que desempeñas bien tu papel de padre.

RIC. ¡Ya lo creo! Y me consumo por volver á verla. Anda, vete.

FEDER. (Riendo.) Ten paciencia, hombre, ten paciencia. Me iré en cuanto dejes de tener necesidad de mí.

MANUEL. (Entrando.) Dos señores preguntan por el señorito Federico.

RIC. (Recordando.) ¡Ah!

FEDER. Haz que entren en el billar. (Mutis Manuel.)

RIC. Te aseguro que había olvidado esta ridícula historia.

FEDER. ¿Ridícula? Vamos, ánimo y vé tranquilo al lance; gana tu apuesta hoy y nosotros te canonizamos mañana. Voy á tratar con esos señores. En cuanto á las condiciones...

ESCENA IX

DICHOS. AMPARO.

RIC. Mi hija. ¡Silencio!

AMPARO. Caballero...

FEDER. Señorita... (Aparte á Ricardo.) Haz que se marche para que pueda darte cuenta de mi entrevista. (Saluda de nuevo y mutis.)

ESCENA X

AMPARO. RICARDO.

AMPARO. ¿Quién es este señor?

RIC. Un amigo mío, Federico Romero.

AMPARO. Dime, papá, acaban de entrar dos señores muy vestidos de negro; ¿quiénes son?

RIC. Dos amigos de Federico que vienen á verle aquí.

AMPARO. ¡Ah! ¿Sabes que me gustan mucho mis habitaciones?

RIC. ¿Sí?

AMPARO. ¡Ah! Y he hecho la lista de las cosas que me faltan. No he querido poner más que lo preciso para no hacerte gastar mucho.

RIC. Me tienes encantado. Oye, Amparo, ¿te pareces á mí?

AMPARO. ¡Qué presumido eres!

RIC. ¡Ah! ¿No tè gusto?

AMPARO. ¿No me has de gustar, papaito, si estás hecho un real mozo?

RIC. ¡Demonio de chica!

AMPARO. ¿Qué dices?

RIC. Que me tienes hechizado, que hace mucho tiempo que no habia experimentado un sentimiento tan dulce como éste que llena hoy mi corazón.

AMPARO. Porque no has querido.

RIC. Vaya, no gruñas.

AMPARO. No, porque ya no te separarás nunca de mí.

RIC. Nunca, ni tú irás más al colegio.

AMPARO. ¿No?

RIC. No, ya estás hecha una mujer. Sí casi estás ya en edad de casarte.

AMPARO. ¡Ja .. ja!... No corre prisa.

RIC. No; pero sin embargo...

AMPARO. ¿Tienes prisa por desembarazarte de mí?

RIC. No digas tonterias, chiquilla. No nos separaríamos por eso, podríamos vivir todos juntos... El hotel... es bastante grande para dos matrimonios.

AMPARO. ¿Para dos matrimonios? ¿Qué quieres decir?

RIC. Nada; quiero decir que si algún día... por casualidad...me decidiera á ..volverme á casar...

AMPARO. ¿Tú has pensado ya...

RIC. No.

AMPARO. Me alegro, porque prefiero guardarte para mí solita. Pero el día en que pienses seriamente en casarte, yo te casaré.

RIC. ¿Tú?

AMPARO. Es un proyecto que me preocupa hace mucho tiempo.

RIC. ¡Ja. . ja!... Es gracioso.

AMPARO. ¡No te rías! Te tengo reservada una mujer muy bonita, muy bien educada y que desde que estoy en el colegio ha sido mi ángel bueno, mi providencia... Si no fuera tan joven, diría que ha sido mi segunda madre. ¿Qué, no te ríes ya?

RIC. No; pero...

AMPARO. Te digo que serías muy dichoso con ella.

RIC. Me dices, me dices; pero yo no te creo.

AMPARO. Es tan buena Clotilde...

RIC. No lo dudo; pero...

AMPARO. Cuando estuve mala, no me abandonó nunca y pasaba todas las noches á mi cabecera.

RIC. ¿A tu cabecera?

AMPARO. Y comparando mi abandono con la suerte dichosa de mis compañeras, sentía el corazón oprimido y ella era la que me consolaba y me daba valor.

RIC. ¡Ah!

AMPARO. Y los días de fiesta, en tanto que todas ellas se iban marchando con sus familias y yo me iba quedando sola en aquel triste caserón, Clotilde venía á sentarse en el banco solitario en que yo lloraba, y sus besos eran los que secaban mis lágrimas.

RIC. (Conmovido.) ¿Sí?

AMPARO. Y cuando yo te acusaba por tu desvío, ella era la que te defendía siempre. Si no la quieres eres un ingrato.

RIC. (Levantándose y abrazándola.) ¡Clotilde! Digo, ¡Amparo!

AMPARO. ¡Ah! Ya nos confundes á las dos. ¿Cuándo es la boda?

RIC. ¡Calla! Oigo ruido.

AMPARO. Son esos señores que se marchan.

RIC. Sí.

AMPARO. Ya han tenido tiempo de hablar.

RIC. (Aparte.) Ya están convenidas las condiciones del duelo.

AMPARO. ¿Qué te pasa? Te tiembla la mano.

RIC. Será un poco de fiebre. (Aparte.) Juraría que las caricias de esta niña han enfriado mi valor.

AMPARO. Voy á buscar papeles de música y tocaré un rato al piano; ¿quieres?

RIC. Sí.

AMPARO. ¿Dónde están?

RIC. En la biblioteca.

AMPARO. ¿Tú no sales?

RIC. Esta tarde saldré.

AMPARO. ¿Por mucho tiempo?

RIC. No, espero que no.

AMPARO. ¿Y esta noche?

RIC. ¿Esta noche? (Aparte.) ¡Demonio! Esta no-

che... (Alto.) Me veré obligado á dejarte á las diez.

AMPARO. ¡Ah! (Con tristeza.)

RIC. (Corriendo á ella.) No, no saldré esta noche, te prometo que no te dejaré.

AMPARO. ¿Sí?

RIC. Sí. (La abraza.) Anda, Amparo, vé á buscar la música. (Ella le tira un beso desde la puerta, y mutis.)

ESCENA XI

RICARDO. FEDERICO.

RIC. ¿A qué hora?

FEDER. A las tres.

RIC. ¿Dónde?

FEDER. Aquí cerca. En la cancha del Beti-Jai.

RIC. Gracias.

FEDER. Pero, Ricardo, esa emoción...

RIC. Sí; puedes pensar lo que quieras, pero estoy emocionado. La llegada de mi hija, su alegría, sus proyectos. Todo esto me ha impresionado profundamente... y esta vez no voy al duelo como á un entretenimiento.

FEDER. Sí comprendo que no es agradable; pero...

RIC. Creo que una vez podré confesar mi debilidad.

FEDER. Ya has probado bastantes veces tu valor.

RIC. ¡Mi valor! ¿Qué valor prueba batirse por un amor cualquiera ó por un chiste mortificante, si sólo el hecho de aceptar el lance demuestra que uno es loco ó idiota? Ahora que tengo aquí á mi hija, que empiezo á comprender la verdadera vida, el valor estaría en rechazar el desafío y arrostrar las murmuraciones de las gentes.

FEDER. Vamos.

RIC. Pero yo todavía no tengo ese valor.

FEDER. Calma, Ricardo, calma.

RIC. La tendré en el terreno... la costumbre... Allí seré el hombre que tú conoces; aquí soy el padre, que tú no conocías.

FEDER. Animo, tú triunfarás.

RIC. Y si no triunfo y dejo á Amparo abandonada en el mundo. ¿Qué memoria guardará de mí si conoce la causa de su orfandad?

FEDER. ¡Silencio! Tu hija vuelve.

ESCENA XII

DICHOS. AMPARO.

AMPARO. (Cargada de papeles de música, que se le escapan de las manos) ¡Ay! que se caen, que se caen... (Federico acude á ella y le ayuda á ponerlos sobre el piano.) Gracias. ¡Cómo pesaban estos dichosos papeles! (Disponiéndose á tocar.) Papá, ¿no molesto?

RIC. No, no, hija.

AMPARO. Yo no les oigo á ustedes, ustedes no me hagan caso á mí (Preludia un motivo brillante, después continúa tocando piano y Federico y Ricardo siguen hablando á media voz. Pausa.)

RIC. Oye, Federico, tú no puedes ser padrino mío.

FEDER. (Asombrado.) ¿Eh? ¿Hablas en serio?

RIC. Muy en serio. No me interrumpas. (Se pone á escribir.)

FEDER. ¿Qué escribes ahí?

RIC. Lo sabrás en seguida. Dentro de un momento debo partir. ¡Sólo Dios sabe si volveré!

FEDER. ¡Ricardo!

RIC. Sí, cuando uno se bate en la mala disposición en que estoy... Ya sabes que yo no tengo familia, ni parientes... Amparo no puede quedar sin apoyo, sin protección.

FEDER. Pero Ricardo...

RIC. Y suponiendo que la suerte me favorezca, no quiero que se quede sola durante mi ausencia: en esta casa está expuesta á encontrarse con gente que... Tú te vas á quedar aquí, á ti te la confío.

FEDER. (Sorprendido.) ¿A mí?

AMPARO. ¿Qué les parece á ustedes?

FEDER. Bien.

RIC. Muy bien.

AMPARO. Oigan ustedes esta parte, que es la más difícil.

RIC. Sí, hija, continúa.

FEDER. ¿Pero quieres confiarme tu hija? ¿Qué dirá la gente?

RIC. ¡Ah! La gente.

FEDER. Pero yo no puedo ser guardián de una joven. ¿Yo? Tu compañero de locuras y, aunque más joven, siempre tu maestro.

RIC. Lo cual no impide que seas un hombre de honor. Te conozco, y sé que cumplirás dignamente la misión que te confío. Júrame defender y proteger á Amparo.

FEDER. Lo juro; pero...

RIC. Lee. (Dándole lo que ha escrito.)

FEDER. (Lee.) «Si la suerte me fuese contraria en este duelo que no puedo ya evitar, lego á Clotilde, la compañera de mi hija Amparo, cien mil pesetas, con la condición de que no se separe de ella hasta el día de su boda; y nombro ejecutor testamentario al Sr. D. Federico Romero, tutor de mi hija...» (Dan las tres en un reloj. Amparo toca fuerte para cubrir el sonido de la campana.)

RIC. (Levantándose.) ¡Las tres! Es preciso partir.

AMPARO. (Aparte.) Esperaba hacerles olvidar la hora.

FEDER. ¡Pero Ricardo!...

RIC. Así voy más tranquilo y me batiré mejor.

AMPARO. ¿Tardarás mucho?

RIC. No... no... Oye, Amparo, Federico espera á uno de sus amigos, que ha de venir á recogerle aquí; te quedas dueña de la casa; á ver cómo le haces los honores.

AMPARO. Bueno, yo haré lo que pueda. (Toma la mano de su padre.) Tienes todavía fiebre; no salgas.

RIC. Es preciso.

AMPARO. Voy á estar inquieta.

RIC. (Esforzándose por reir.) ¡Bah!

AMPARO. Quédate, papaito...

RIC. Es imposible. Vaya, hasta la vuelta. (La abraza queriendo afectar alegría.) Hasta la vuelta. (Estrecha fuertemente la mano de Federico y al punto

de partir se abraza á Amparo largamente, la besa en la frente y sale de prisa. Amparo que después de este instante se ha puesto triste y seria, le sigue con los ojos.)

ESCENA XIII

AMPARO. FEDERICO.

FEDER. (Después de una gran pausa.) ¿Quién hubiera dicho que yo me había de encargar de una misión como ésta.

AMPARO. (Volviendo á la escena.) ¡Ay, Dios mío. Me he comprometido á hacerle á usted los honores de la casa, y para empezar me había olvidado de usted... Perdón si...

FEDER. Señorita... (Aparte.) Está triste... ¿Habrá adivinado?...

AMPARO. Siento una angustia... y unas ganas de llorar sin saber por qué...

FEDER. ¿De veras?

AMPARO. Me parece que mi padre estaba muy emocionado al dejarme. ¿No se ha fijado usted?

FEDER. No...

AMPARO. Nunca me ha abrazado así. Parece que parte para un largo viaje.

FEDER. No, señorita, aprensiones de usted; no hay nada de eso.

AMPARO. Mejor, yo había creído. . Prefiero equivocarme. (Se levanta y se pone á escuchar junto á la ventana.)

FEDER. ¿Qué tiene usted?

AMPARO. Nada; me había parecido oir... pero no, no es más que el viento en las ramas. ¿Hace mucho tiempo que mi padre se marchó, verdad?

FEDER. Si casi acaba de salir.

AMPARO. ¿Y ha dicho que volvería?...

FEDER. En seguida.

AMPARO. ¿Me encuentra usted muy pesada? Formará usted mala idea de mí.

FEDER. Por Dios, al contrario, estoy encantado...

AMPARO. No sé por qué estoy tan inquieta; quisiera do-

minarme para atender á usted con toda solicitud; pero no puedo... El beso que me dió mi padre al salir, me ha impresionado profundamente; sus labios quemaban...

FEDER. Vaya, no piense usted más en ello; no hay motivo para que usted se alarme. (Aparte.) Es encantadora esta muchacha.

AMPARO. (Llevándose el pañuelo á los ojos.) Quisiera estar ya en mañana.

FEDER. ¿Lágrimas?

AMPARO. No las puedo contener. Dios mío, ¿qué es esto que me pasa? Quisiera que Clotilde pudiese estar cerca de mí.

FEDER. ¿Clotilde? ¡Ah! Sí.

AMPARO. ¿Usted la conoce?

FEDER. Su padre de usted me ha hablado esta tarde de ella.

AMPARO. (Alegre.) ¡Ah! ¿Piensa en ella? ¡Tanto mejor! ¿Sabe usted dónde ha ido mi padre?

FEDER. (Desconcertado.) Pero...

AMPARO. Lléveme usted donde él está.

FEDER. Pero, señorita, yo ignoro en absoluto...

AMPARO. Estoy bien segura de que no. ¿Dónde está? Vamos, dígamelo usted, ó vamos á perder la amistad.

FEDER. Yo le juro...

AMPARO. (Con insistencia infantil,) Vaya, dígame usted dónde está mi padre y le regalo una cosa; le regalo... le regalo... este medallón (Se sienta en el sofá.) Vamos á ver si le sirve á usted para la cadena. Acérquese usted. ¡Ah! Si tiene usted ya un dije. (Fijándose en él.) ¡Bonitos cabellos rubios! Son de su madre, ¿verdad?

FEDER. Sí. (Aparte.) Dulce instinto del corazón. Es la primera mujer que lo ha adivinado.

AMPARO. Enséñeme usted su reloj. ¡Las tres y veinte!

FEDER. (Aparte.) Ahora estarán en el terreno.

AMPARO. ¿Va bien?

FEDER. No, éste adelanta mucho.

AMPARO. Usted dice eso... (Pausa.) ¿Y usted qué es?

FEDER. ¿Cómo?

AMPARO. ¿Que en qué se ocupa usted?

FEDER. ¡Ah! En nada... Tengo una renta regular...

AMPARO. ¿No hace usted más que divertirse?

FEDER. ¡Pchis!

AMPARO. Pues se debe usted de aburrir mucho... Y mi padre, ¿tiene las mismas ocupaciones que usted?

FEDER. ¡Ah! No, él trabaja mucho, está todo el día muy atareado... y desde hoy trataré yo también de hacerme útil; se lo prometo.

AMPARO. Gracias.

FEDER. (Aparte.) Decididamente es angelical esta muchacha.

AMPARO. ¿Monta usted á caballo?

FEDER. Casi todos los días, y su padre también; salimos mucho juntos.

AMPARO. Debia usted convencer á mi padre para que me diera lección. Iríamos á pasear los tres.

FEDER. Bueno, yo me comprometo á hablarle.

AMPARO. ¡Las tres y media!

FEDER. Ya deben de haber empezado. (Tratando de disimular su turbación y viendo la inquietud de Amparo.) ¿Se le hace muy largo el tiempo?

AMPARO. Sí, muy largo.

FEDER. (Aparte.) ¡Qué ingenuidad!

AMPARO. Pero ¿no va á volver? ¡Ay! Como nieva, va á tener frío cuando vuelva. Es preciso poner más leña en la chimenea. (Va á la chimenea.)

FEDER. (Aparte.) Es singular lo que me pasa; por primera vez en mi vida estoy turbado y siento una emoción... (Alto.) ¿Quiere usted tocar algo al piano?

AMPARO. ¡Ah! Perdóneme usted, pero no acertaría á...

FEDER. ¿Prefiere usted que vaya á buscar algún libro á la biblioteca?

AMPARO. No, gracias, no podría leer... (Se oye el ruido de una puerta que se cierra. Amparo corre al foro, escucha un rato y vuelve tristemente.)

FEDER. (Aparte y mirándola.) ¡Qué hechicera mujer! Me encanta.

AMPARO. Nada, tampoco.

FEDER Ya empieza á tardar ese pícaro... (Aparte.) Estoy ya en una ansiedad .. (Mira por la ventana.)

AMPARO. ¿No viene?

FEDER. No.

AMPARO. Usted también está inquieto.

FEDER. (Recobrándose.) No. ¿Quién tiene miedo?

AMPARO. No sé, pero yo tiemblo... (Tomándole una mano.) ¡Y usted tiembla también!

FEDER. ¿Yo?

AMPARO. Usted palidece...

FEDER. No...

AMPARO. Usted está á punto de dejar asomar las lágrimas á sus ojos.

FEDER. Pero...

AMPARO. ¿Por qué tiembla usied?

FEDER. Yo... sí... sí, yo tiemblo de emoción, de dicha, delante de usted, tan cariñosa, tan buena, y si las lágrimas acuden á mis ojos, es por el temor de separarme de usted...

AMPARO. (Que lo ha mirado fijamente.) Y si es verdad lo que usted me dice, ¿por qué aparta usted sus ojos de los míos? ¿Por qué no me escucha usted y su oído está atento á los ruidos que pueden venir de la calle? (Con agitación creciente.) Usted me engaña, no es en mí en quien usted piensa, no; es en él, en mi padre... Mi padre corre algún peligro en este momento. (No dejándole hablar.) Sí, sí, mi corazón me lo avisa; corre un peligro, pero ¿cuál? (Con un grito.) ¡Ah! ¡Se bate!

FEDER. No, no.

AMPARO. Júrelo usted.

FEDER. Lo juro.

AMPARO. (Indicándole el medallón.) Aquí encima.

FEDER. No... perdón, Amparo, perdón.

AMPARO. ¿Eh?

FEDER. Sí, perdón; puedo ser yo quien tiene la culpa.

AMPARO. ¿Usted?

FEDER. Sí, porque yo soy su amigo inseparable, el que quizás inconscientemente lo he arrojado á los placeres, alejándolo de usted. Pero estoy bien castigado, porque, después de esta confesión, usted me odiará, me maldecirá, cuando yo soñaba...

AMPARO. (Con un grito.) ¡Ah! Calle usted. (Corre á la ventana.) Mire usted ese coche que llega...

FEDER. Sí, es el de ustedes.

AMPARO. Puede traer un herido, quizás un muerto... ¡Ah! (Cae en los brazos de Federico.)

FEDER. ¡Amparo!

ESCENA XIV

DICHOS. RICARDO.

RIC. (Entrando.) ¡Amparo!

AMPARO. (Corriendo á él.) Papaito, ¿eres tú? ¡Qué miedo he tenido!

RIC. ¡Hija! (A Federico.) ¿Sabía?

FEDER. Sí; lo adivinó. ¿No estás herido?

RIC. No había nadie en el terreno.

AMPARO. ¡Dios, mío! ¿De modo que el duelo no está más que aplazado? No, no te batirás, ya no te dejo yo.

RIC. ¡Amparo!

AMPARO. Si me quedara sola otra vez me volvería loca.

RIC. ¡Hija, mía!

FEDER. ¿Otro coche?

ESCENA XV

DICHOS. MANUEL. JAVIERITO.

MANUEL. (Entrando.) ¡El señor don Javierito!...

RIC. Dí que no estamos.

MANUEL. Viene herido.

RIC. ¿Eh?

AMPARO. ¡Herido!

FEDER. ¿Cómo?

JAVIER. (Entrando.) ¡Ay! (Riendo.) Vamos, hombre, estas cosas no le pasan más que á mí. ¡Ay!

RIC. ¿Estás herido?

JAVIER. Un arañazo nada más. Si ha sido la cosa más ridícula del mundo. Figuraos que... (Reparando en Amparo.) ¡Ah! Perdone usted...

RIC. ¡Mi hija!

JAVIER. ¿Eh? Señorita...

RIC. Siéntate y cuéntanos tu aventura.

JAVIER. Pues, verás; cuando salí de aquí me fuí al Casino, y allí supe que esta tarde tenías... (Mirando á Amparo.)

RIC. Puedes hablar sin temor.

JAVIER. Tenías un duelo con el americano. Supuse que era un desafío provocado sin motivo y sin otro objeto que el de ganarme la apuesta, y me propuse desbaratar tu plan. Me fuí á buscarlo, le di en tu nombre todo género de explicaciones, me contestó mal, y... ¿para que voy á contarte detalles? Me tuve que batir con él.

RIC. ¡Pues me has dejado en buen lugar!

JAVIER. Al reconciliarnos en el terreno le conté toda la verdad, le hizo gracia y me aseguró que vendría á estrechar tu mano y á ser amigo tuyo. Conque ya ves que te he ganado las dos mil pesetas, á menos que te ofendas por lo que he hecho y quieras batirte ahora conmigo.

AMPARO. ¡No!

RIC. No, no temas ya nada, hija.

AMPARO. ¡Bien he sufrido esta tarde! ¿No pensaste en que podías haberme dejado sola en el mundo?

FEDER. Sola, no. ¿No quedaba yo aquí?

RIC. (Á Federico.) ¿Tú también quieres regenerarte?

FEDER. Por completo. Si, por completo. (Á Amparo.) Supongo que usted sabrá perdonarme el mal rato pasado.

AMPARO. (Tendiéndole la mano.) Seremos muy buenos amigos.

RIC. (Á Amparo.) Mira siempre en él al hombre en quien yo he confiado en los momentos de peligro tu suerte y tu porvenir.

JAVIER. (Haciendo pucheros.) ¡Caramba! Estas cosas tiernas me hacen llorar en seguida. Vais á obligarme á que quiera regenerarme yo también, y ya me estoy viendo en el calendario. San Javierito, conquistador y mártir.

RIC. (Abrazándole.) ¡Bravo, Javierito!

JAVIER. (Al sentir que le aprieta el brazo herido.) ¡Ay!

RIC. ¿Qué es eso? En vez de regenerarte, curarte. (Á Amparo.) Y nosotros, á no separarnos

nunca; á gozar desde ahora de la verdadera vida. El de hoy ha sido mi último duelo.

JAVIER. Y el mío.

MANUEL. La señorita Clotilde.

AMPARO. (Corriendo al foro muy alegre. Se detiene para mirar á su padre y le pregunta con mucho interés:) Papá, Clotilde; ¿qué dice?

RIC. ¡Que pase!

TELÓN

Obras de López Monis.

El maestro Catón, zarzuela en tres cuadros, música de Rubio y Estellés. Estrenada en el Teatro Zorrilla de Valladolid.

El adivino, juguete cómico. Estrenado en el Teatro de Maravillas.

La jaula del loro, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

Concurso universal, revista en seis cuadros, música de Valverde (hijo) y Calleja. Estrenada en el Teatro de Maravillas.

El sombrero hongo, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

La torta de Reyes, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

El beso de San Silvestre, humorada lírica en un acto, música del maestro Foglietti. Estrenada en el Teatro Romea.

Las de Capirote, opereta en un acto, música de Calleja y Lleó. Estrenada en el Teatro Cómico.

La caprichosa, sainete lírico en tres cuadros, música del maestro Vives. Estrenado en el Teatro de la Zarzuela.

¡Pobre España!, sainete en un acto. Estrenado en el Teatro de Eslava.

La caída, comedia en un acto. Estrenada en el Teatro Lara (2.ª edición).

La bella Colombina, juguete cómico en dos actos. Estrenado en el Teatro Lara.

La Cocotero, zarzuela en un acto, música de Valverde (hijo). Estrenada en el Teatro Cómico.

Noche de estreno, entremés lírico, música de Foglietti. Estrenado en el Teatro Cómico.

Sangre torera, sainete lírico en tres cuadros, música del maestro Vives. Estrenado en el Teatro Eslava.

Las doce de la noche, entremés lírico, en prosa, música del maestro Foglietti. Estrenado en el Teatro Cómico.

La mujer del prójimo, sainete en tres cuadros, música de Calleja. Estrenado en el Teatro de Apolo.

El último duelo, comedia en un acto. Estrenada en el Teatro de la Zarzuela.

El papel vale más, colección de composiciones en verso. Prólogo de Sinesio Delgado.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta.